

[QUESTIONES XVII IN MATTHAEUM.]

ADVERTENCIA EN EL LIBRO DE DIECISIETE CUESTIONES SOBRE MATEO.

Que este libro se presente entre las obras genuinas de Agustín, pero que no se titule con el nombre de Agustín como suele hacerse, no es algo hecho sin razón ni en vano. De hecho, tanto el estilo como el contenido se consideran congruentes con Agustín, según los teólogos de Lovaina después de Erasmo. Además, Rábano Mauro presenta algunos fragmentos de este mismo libro con el nombre de Agustín en el libro 4 de su Comentario sobre el Evangelio de Mateo, que él mismo compuso alrededor del año 840 de Cristo, recopilando exposiciones antiguas de aquí y allá. Finalmente, en el Índice de obras de Agustín de Posidonio, publicado por Juan Ulimmerio a partir de un códice de Villare, se enumeran en la página 5 las Cuestiones sobre los Evangelios libro 2; y luego, algunas Anotaciones sobre Mateo libro 1.

Sin embargo, lo que con razón puede causar inquietud es que Agustín no menciona nada de este tercer libro en sus Retracciones, y dado que solo reconoce dos libros de Cuestiones sobre los Evangelios, dice que las cuestiones que dictó tanto sobre Mateo como sobre Lucas fueron reducidas a esos libros: y posteriormente advierte que su prólogo, adjunto y enumerando esas mismas cuestiones, indicará qué pasajes de los Evangelios mencionados fueron expuestos. Tienes la retractación en t. 1, col. 634, y el índice de todas las cuestiones bajo el Prólogo restaurado por nosotros arriba, en este tomo, pág. 1321. Así también, en la revisión del libro de las ochenta y tres Cuestiones, no le molestó enumerar todas y cada una de las cuestiones en orden, sin omitir ni una sola. Con esta diligencia, el Santo Doctor se cuidaba de que no aceptáramos otras cuestiones bajo su nombre; ni que los copistas, que en ese tipo de escritura cometían más libertades, añadieran apéndices espurios a sus obras.

Tampoco se puede suponer que este tercer libro se publicara después de las Retracciones y por eso no se incluyera en ellas. Pues aquí se expone la parábola de la cizaña de manera muy diferente a como solía hacerlo Agustín, especialmente desde el tiempo de la Colación de Cartago, en la que los donatistas, a pesar de las objeciones de los católicos, afirmaban vehementemente lo que se dice en la cuestión 11, n. 1 de este libro, que el campo mismo, no la Iglesia, sino el mundo, debe entenderse según la interpretación del Señor, como se puede ver en los Actos de la Colación, parte 3, caps. 258, 265 y siguientes. Sobre esto, Agustín en el libro 70, titulado "Después de la colación a los donatistas", cap. 8: "Discutieron largamente", dice, "diciendo que la cizaña, que se permitió crecer junto con el trigo hasta la cosecha, no está en la Iglesia, sino en el mundo, en contra de la interpretación del mártir Cipriano, quien dijo: Aunque parece que hay cizaña en la Iglesia, no debe impedirse ni nuestra fe ni nuestra caridad". Además, este autor en la cuestión 12, n. 2, no solo no tuerce la respuesta del padre de familia que prohíbe arrancar la cizaña antes de la cosecha contra los donatistas al estilo de Agustín, sino que la interpreta de tal manera que no puede torcerse contra ellos, ya que considera que se habla de no quitar a los hombres de esta vida.

Se suma el silencio de Eugipio abad, quien en tiempos antiguos, es decir, a principios del siglo VI, al compilar volúmenes muy extensos de extractos de las obras de Agustín, transcribió varias cuestiones de los dos libros anteriores, al menos cuatro del primero, dieciocho del segundo: sin embargo, no se ha descubierto que haya extraído nada de este tercer libro.

En cuanto a los códices antiguos, algunos contienen los dos primeros libros sin el tercero; algunos presentan este tercer libro inmediatamente después de aquellos con el título "Incipiunt quaestiones Evangeliorum", sin añadir el nombre de Agustín. Existe un ejemplar

de este segundo tipo en Corbie, escrito hace, al parecer, novecientos años: además del códice cisterciense mucho más reciente, que aunque no lleva el mismo título, coincide con el de Corbie en que no atribuye el libro mencionado a Agustín.

Finalmente, al examinar cuidadosamente el Índice de Posidonio en manuscritos de excelente calidad, no encontramos en ninguna parte lo que solo la edición de Ulimmerio tiene sobre la obra subsiguiente.

CUESTIONES DIECISIETE SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN MATEO. (C,G)*

Un libro.

CUEST. I. [MATTH. cap. II, V\ 16.]

Lo que se dijo, que los niños fueron asesinados desde los dos años para abajo, significa que los humildes que tienen una doble caridad, como niños de dos años, pueden morir por Cristo.

II. [Ib. X, 27.]

Lo que os digo en la oscuridad, es decir, cuando aún estáis en temor carnal, porque el temor está en la oscuridad; decidlo en la luz, esto es, en la confianza de la verdad, habiendo recibido el Espíritu Santo: Y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados, es decir, lo que oís en secreto, predicadlo despreciando la morada de la carne.

III. [Ib. X, 34-36.]

No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada: porque he venido a separar al hombre contra su padre. Porque uno renuncia al diablo, que fue su padre. Y a la hija contra su madre: el pueblo de Dios contra la ciudad mundana, que es la pernicioso sociedad del género humano, que la Escritura a veces llama Babilonia, a veces Egipto, a veces Sodoma, y con otros nombres. La nuera contra su suegra: la Iglesia contra la Sinagoga, que según la carne dio a luz a Cristo, el esposo de la Iglesia. Se dividen por la espada del espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI, 17). Y los enemigos del hombre son los de su propia casa: con quienes antes estaba implicado por costumbre.

IV. [Ib. VIII, 1-3.]

Pero cuando descendió del monte, después de haber dado allí preceptos a los discípulos y a la multitud, inmediatamente cura al leproso extendiendo su mano; significa que aquellos que dudaban de cumplirlos, son limpiados de tal variedad con su ayuda.

V. [Ib. VIII, 20.]

Lo que el Señor dijo al escriba que quería seguirlo, Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza, se entiende que, movido por los milagros del Señor, quiso seguirlo por vana jactancia, que significan las aves: pero fingió la obediencia de un discípulo, ficción significada por el nombre de las zorras. Con la inclinación de la cabeza significó su humildad, que no tenía lugar en ese simulador y soberbio.

VI. [Ib. VIII, 22.]

Deja que los muertos entierren a sus muertos. Aquí llamó muertos a los no creyentes: pero sus muertos, a los que igualmente sin fe saldrían del cuerpo.

VII. [Ib. X, 14.]

Sacudid el polvo de vuestros pies: ya sea como testimonio del trabajo terrenal que habrían asumido en vano por ellos; o para mostrar que no buscaban nada terrenal de ellos, hasta el punto de no permitir que el polvo de su tierra se les adhiriera.

VIII. [Ib. X, 16.]

Sed, pues, prudentes como serpientes: para evitar el mal, protegiendo la cabeza, que es Cristo. Pues la serpiente ofrece todo su cuerpo por la cabeza al perseguidor: o porque al comprimirse a través de estrecheces, se renueva despojándose de la vieja piel. Lo imitan aquellos a quienes se les dijo, Entrad por la puerta estrecha (Mat. VII, 13); cuando se despojan del hombre viejo. Pues si aconsejara evitar el mal resistiendo violentamente a los malos, no habría dicho antes, Os envío como ovejas en medio de lobos. Quiso que fueran sencillos como palomas, para no hacer daño a nadie. Pues este tipo de ave no mata a ningún animal en absoluto; no solo a los grandes, contra los cuales no tiene fuerzas, sino incluso a los más pequeños, con los que se alimentan incluso los pequeños gorriones. Hay, además, una cierta sociedad entre todos los animales irracionales, así como también entre los racionales, es decir, los hombres, no solo entre ellos, sino también con los ángeles. Aprenden, pues, de la semejanza de las palomas a no hacer daño a nadie en absoluto que pertenezca a su sociedad por la participación de la razón.

IX. [Ib. XI, 25.]

Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. Se debe notar que la confesión se pone en la alabanza de Dios. Pues el Señor no confesaba pecados, ya que no tenía ninguno, especialmente porque otro evangelista recuerda que dijo esto exultante (Luc. X, 21): aunque las mismas palabras que dice no dejan duda de que se dicen en alabanza de Dios. Por lo tanto, la Escritura llama confesión en general a cualquier cosa que se enuncie manifiestamente, tal como se percibe. Pues también aquello que dice, Si alguien me confiesa delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre (Mat. X, 32); o como está en otro lugar, delante de los ángeles de Dios (Luc. XII, 8): ciertamente no confiesa pecados quien confiesa a Cristo. Si algunos piensan que se llama confesión porque el nombre de Cristo se objeta como un crimen en tiempo de persecución; ¿acaso también Cristo confiesa al hombre que lo ha confesado delante del Padre o de los ángeles? También está en el Eclesiástico así: Y esto diréis en confesión, Todas las obras del Señor, porque son muy buenas (Eclo. XXXIX, 20, 21). En este lugar, indudablemente se exaltan las alabanzas de Dios. Estas cosas se han dicho por la ignorancia de los hermanos, que cuando oyen esta palabra al lector, inmediatamente se golpean el pecho, sin atender al lugar donde se dice, como si no pudiera ser más que confesión de pecados.

X. [Ib. XII, 1-8.]

Se debe notar que sobre lo que a los judíos les parecía ilícito, que los discípulos arrancaran espigas en sábado, se da un ejemplo de poder real de David, otro de poder sacerdotal de aquellos que violan el sábado por el ministerio del templo: para que mucho menos se impute el crimen de arrancar espigas en sábado a aquel que es el verdadero rey y verdadero sacerdote, y por lo tanto Señor del sábado.

XI. [Ib. XIII, 25-30, 36-43.]

1. Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Cuando los superiores de la Iglesia actuaban con negligencia, o cuando los Apóstoles tomaron el sueño de la muerte, vino el diablo y sembró a aquellos que el Señor interpreta como hijos malos. Pero se pregunta correctamente si son herejes, o católicos que viven mal. Pues también pueden llamarse hijos malos los herejes, porque del mismo semilla del Evangelio y del nombre de Cristo, convertidos a dogmas falsos por opiniones perversas. Pero al decir que fueron sembrados en medio del trigo, parece que se significan aquellos que son de una misma comunión: sin embargo, dado que el Señor interpretó el campo mismo, no como la Iglesia, sino como este mundo, se entienden bien los herejes, porque no se mezclan con los buenos por la sociedad de una misma Iglesia o de una misma fe, sino por la sociedad del solo nombre cristiano en este mundo: para que aquellos que son malos en la misma fe, se consideren más bien paja que cizaña; porque la paja también tiene el mismo fundamento con el trigo, y una raíz común. En esa red, en la que se encierran tanto peces malos como buenos (Mat. XIII, 47-50), no absurdamente se entienden los malos católicos. Pues el mar es algo diferente, que más bien significa este mundo; la red es algo diferente, que parece mostrar la comunión de una misma fe o de una misma Iglesia. Entre los herejes y los malos católicos hay esta diferencia, que los herejes creen falsedades, mientras que aquellos, creyendo lo verdadero, no viven como creen.

2. También se suele preguntar en qué se diferencian los cismáticos de los herejes; y se encuentra que a los cismáticos no los hace diferentes la fe, sino la ruptura de la sociedad de la comunión. Pero si deben contarse entre la cizaña, puede ser dudoso. Más bien parecen ser más similares a espigas corruptas, como está escrito, Pero el hijo inicuo será corrompido por el viento (Sab. IV, 4): o a pajas de espigas rotas, o desgarradas y arrancadas de la cosecha. Pues cuanto más altos, es decir, más soberbios, tanto más frágiles y ligeros son. Sin embargo, no es consecuente que todo hereje o cismático se separe corporalmente de la Iglesia. Pues si cree falsedades sobre Dios, o sobre alguna parte de la doctrina que pertenece a la edificación de la fe, de tal manera que no esté moderado por la duda del que busca, sino que esté firmemente creyendo, y discordante por ignorancia y error, es hereje, y está fuera en espíritu, aunque corporalmente parezca estar dentro. Pues la Iglesia lleva a muchos de estos, porque no defienden la falsedad de su sentencia de tal manera que hagan una multitud atenta: si lo hacen, entonces son expulsados. Asimismo, cualquiera que envidia a los buenos, de tal manera que busca ocasiones para excluirlos, o degradarlos; o está dispuesto a defender sus crímenes si se les objeta o se les revela, de tal manera que incluso piensa en excitar segregaciones de conventículos o perturbaciones de la Iglesia; ya son cismáticos, y están desgarrados del corazón de la unidad, aunque no encontrando ocasiones o manteniendo ocultos sus hechos, se asocien a la Iglesia por la conversación corporal del Sacramento.

3. Por lo tanto, solo aquellos católicos malos se consideran correctamente, que aunque creen verdaderamente lo que pertenece a la doctrina de la fe, y si acaso no saben algo, lo consideran digno de ser investigado, y discuten con piedad sin ningún prejuicio de la misma verdad, y aman y honran a los buenos o a quienes consideran buenos tanto como pueden; sin embargo, viven de manera escandalosa y criminal, en contra de cómo creen que se debe vivir. Pues tales, aunque sean denunciados o acusados, corregidos por la disciplina de la Iglesia y por su propia salvación, o suspendidos de la comunión, de ninguna manera piensan que deben apartarse de la comunión católica, en cualquier lugar que se les permita buscar un lugar de satisfacción: y a veces, por penitencia, se convierten en trigo, ya sea corregidos, o removidos, o incluso aterrorizados por la palabra de Dios sin que nadie los acuse o increpe por su nombre. Pero a veces también, bajo el nombre de penitentes, viven de la misma manera que

solían, o no mucho menos, algunos incluso más; sin embargo, de ninguna manera se apartan de la unidad católica. A quienes, viviendo así, si la muerte los sorprende, se les considera paja hasta el final. Esto también lo creen ellos mismos: pues si creen de otra manera, o no lo opinan firmemente, ya deben contarse entre los herejes, pensando que Dios perdonará a todos, incluso a los que persisten en gran iniquidad hasta el final de la vida, solo porque mantuvieron la unidad de la Iglesia, no por sincero amor (pues vivirían bien), sino más bien por temor a las penas. Por lo tanto, estos no creen esto, o no lo opinan firmemente, aunque tal vez aún lo buscan: pero más bien los engaña la esperanza de la dilación, mientras piensan que vivirán más tiempo, y que alguna vez cambiarán sus malos hábitos por mejores. Contra ellos se dice: No tardes en convertirte a Dios, ni difieras de día en día: porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá (Eclo. V, 8, 9). Pues se convierten aquellos que comienzan a vivir rectamente; esto es volver a Dios: pero aquellos que siguen persistentemente sus concupiscencias, de alguna manera tienen la espalda hacia Dios, aunque constituidos en la unidad a menudo intentan mirarlo con el cuello vuelto. Por lo tanto, también estos, como dice el Profeta, son carne, y espíritu que camina y no regresa (Sal. LXXVII, 39). Sin embargo, como se ha dicho, debido a la misma fe y unidad de la Iglesia, ni se cuentan entre la cizaña, porque aquellos están arraigados fuera, ni entre la paja de las espigas, que se atreve incluso a superponerse a los trigos con áspera disensión y frágil elevación, sino que aunque están sujetos a los trigos, se cuentan entre la paja que debe ser separada en la última ventilación.

4. Pero los buenos católicos son aquellos que siguen la fe íntegra y las buenas costumbres: en cuanto a lo que pertenece a la doctrina de la fe, buscan de tal manera, si tienen algo que buscar, que está ausente la peligrosa contienda, ya sea para el que busca, o para aquel con quien se busca, o para aquellos que escuchan a los que discuten. Así también enseñan, si tienen algo que enseñar, que las cosas usuales y confirmadas las insinúan con la mayor seguridad, confianza y suavidad que pueden; pero las inusitadas, aunque las hayan percibido con la manifestación más clara de la verdad, más bien con un modo de búsqueda que de precepto o afirmación, por la debilidad del oyente. Pues si alguna verdad tiene tanto peso que excede las fuerzas del que aprende; debe suspenderse para que extienda al que crece, no imponerse para que aplaste al pequeño. De ahí es aquella del Señor: Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). A veces también debe ocultarse, pero con esperanza exhortatoria, para que no haga más fríos a los desesperados, sino más capaces a los deseosos. De ahí es aquella del mismo Señor: Muchas cosas tengo que decirlos; pero ahora no podéis soportarlas (Juan XVI, 12). En cuanto a las costumbres, esto se dice bien y brevemente: o se debe luchar contra el amor de los bienes temporales, para que no venza; o también debe ser domado y sometido, para que cuando comience a levantarse, sea fácilmente reprimido; o extinguido de tal manera que no se mueva en absoluto. De lo cual resulta que incluso la misma muerte por la verdad algunos la enfrentan valientemente, otros con ecuanimidad, otros con gusto. Estos tres tipos de frutos son de la tierra fértil, treinta, sesenta y ciento (Mat. XIII, 8, 23). En alguno de estos géneros debe encontrarse en el momento de su muerte, si alguien piensa correctamente en emigrar de esta vida.

5. Pero deben tolerarse no solo la cizaña hasta la cosecha, que cuando el diablo sembró errores perversos y opiniones falsas, es decir, después de que el nombre de Cristo precediera, superpuso herejías, él mismo se ocultó y se hizo muy oculto; esto es, Y se fue: sino también la paja hasta la ventilación. Y no se prueba más fuertemente la gravedad de los trigos, sino por las perturbaciones de la paja, que quien no pueda reprimir con la verdad defendida, ceda con la unidad conservada. Aunque en esta parábola el Señor, como concluyó en su

exposición, se entiende que significó no algunas, sino todas las ofensas, y a los que hacen iniquidad, con el nombre de cizaña.

XII. [Ib. XIII, 26-30.]

1. Cuando creció la hierba y produjo fruto, entonces aparecieron también las cizañas. Pues cuando el hombre espiritual comienza a discernir todas las cosas (I Cor. II, 15), entonces los errores empiezan a manifestarse ante él. Los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y las recojamos? ¿Son acaso los mismos siervos a quienes poco después llama segadores? O, dado que en la explicación de la parábola dijo que los segadores son los ángeles, y nadie se atrevería a decir que los ángeles no supieron quién sembró las cizañas, y que estas aparecieron a los ángeles cuando la hierba produjo fruto; más bien debe entenderse que los mismos hombres fieles son significados aquí con el nombre de siervos, a quienes también llama buena semilla. No es de extrañar que se les llame buena semilla y siervos del padre de familia: así como él mismo dijo de sí mismo que es la puerta y el pastor (Juan X, 7, 11). Pues una misma cosa puede recibir varias y diversas similitudes a partir de diferentes significados. Especialmente porque cuando hablaba a los siervos, no dijo: En el tiempo de la siega os diré: Recoged primero las cizañas; sino que dijo: Diré a los segadores. De donde se entiende que el ministerio de recoger las cizañas para quemarlas es otro, y que ningún hijo de la Iglesia debe pensar que este oficio le corresponde.

2. Cuando alguien comienza a ser espiritual, reconoce los errores de los herejes y juzga y discierne completamente cualquier cosa que oiga o lea que se aparte de la regla de la verdad: pero hasta que se perfeccione en lo espiritual y de algún modo madure en el fruto que la hierba ha dado, puede preguntarse por qué bajo el nombre cristiano han surgido tantas falsedades de los herejes. De ahí que los siervos digan: ¿No sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizañas? Luego, cuando reconoce que esta artimaña la ideó el diablo, al no poder hacer nada contra la autoridad de tan gran nombre, para ocultar sus engaños bajo el mismo nombre; puede surgir en él el deseo de eliminar a tales hombres de los asuntos humanos, si tiene alguna oportunidad de tiempo; pero si debe hacerlo, consulta la justicia de Dios para ver si se lo ordena o permite, y si quiere que este oficio sea de los hombres: de ahí que los siervos digan: ¿Quieres que vayamos y las recojamos? A quienes la Verdad misma responde que el hombre no está constituido en esta vida de tal manera que pueda estar seguro de cómo será alguien en el futuro, cuyo error ve en el presente, o qué puede contribuir su error al progreso de los buenos; que no deben ser eliminados de esta vida, no sea que al intentar matar a los malos, mate a los buenos, que tal vez lo serán en el futuro; o que perjudique a los buenos, a quienes tal vez, aunque no quieran, les son útiles: sino que esto se hará oportunamente cuando ya al final no quede tiempo para cambiar de vida, ni para progresar en la verdad por ocasión y comparación del error ajeno; y que esto no lo harán los hombres, sino los ángeles: de ahí que el padre de familia responda: No; no sea que al recoger las cizañas, arranquéis también el trigo: sino que en el tiempo de la siega diré a los segadores, etc. Y de este modo los hace muy pacientes y tranquilos.

3. Se puede preguntar, cuando dice: Atad los manojos para quemarlos, ¿por qué no dijo que se hiciera un solo manojito o un solo montón de cizañas? A menos que sea por la variedad de los herejes, y no solo por diferir del trigo, sino también entre ellos mismos, designó con el nombre de manojos las propias congregaciones de cada herejía, en las que están unidos individualmente por su comunión; de modo que ya entonces comienzan a ser atados para ser quemados, cuando, separados de la comunión católica, comienzan a tener sus propias iglesias; de modo que su combustión sea al final del siglo, y ahora la atadura de los manojos.

Pero si así fuera, ya no muchos se arrepentirían y regresarían a la Iglesia Católica abandonando el error. Por lo tanto, la atadura de los manojos también será al final, para que no se castigue confusamente, sino según la medida de su perversidad, la obstinación de cada error.

4. No sea que al recoger las cizañas, arranquéis también el trigo. ¿Es porque incluso los buenos, cuando aún son débiles, necesitan en algunos aspectos la mezcla con los malos, ya sea para ejercitarse a través de ellos, o para que, por comparación, se les dé un gran estímulo para esforzarse por ser mejores, y que, al ser eliminados, la altura de la caridad se marchite como si fuera arrancada, lo que es ser arrancado de raíz? Pues así dice el Apóstol: Para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender (Efes. III, 17, 18). ¿O tal vez por eso se arranca el trigo junto con las cizañas, porque muchos primero son cizañas y después se convierten en trigo? Que si no se les soporta pacientemente cuando son malos, no llegan a una loable transformación: así que si son arrancados, también se arranca el trigo que serían si se les perdonara.

XIII. [Ib. XIII, 45, 46.]

El reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas. Habiendo encontrado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró. La cuestión es por qué pasó del número plural al singular, de modo que cuando un hombre busca buenas perlas, encuentra una preciosa, que vende todo lo que tiene para comprarla. O bien este busca buenos hombres con quienes vivir provechosamente, y encuentra uno sobre todos sin pecado, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5): o busca preceptos, que al observarlos, se conduzca correctamente con los hombres, y encuentra el amor al prójimo, en el cual el Apóstol dice que se contiene todo; de modo que, No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, y si hay algún otro mandamiento, sean perlas individuales que se recapitulan en esta palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Rom. XIII, 8, 9). O el hombre busca buenos entendimientos, y encuentra aquel en el que todos se contienen, en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1), luminoso con el resplandor de la verdad, sólido con la firmeza de la eternidad, y en todas partes semejante a sí mismo en la belleza de la divinidad, que es Dios, que debe ser entendido al penetrar la cubierta de la carne. Pues aquel ya había llegado a la misma perla, que en los revestimientos de la mortalidad, como por el obstáculo de las conchas, en el profundo de este siglo, y entre las durezas pétreas de los judíos, alguna vez había estado oculta: aquel, pues, ya había llegado a la misma perla, quien dijo: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Ningún entendimiento en absoluto es digno del nombre de perla, a menos que se llegue a él después de haber disipado todos los revestimientos carnales, con los que se cubre, ya sea por palabras humanas o por similitudes circundantes, para que se contemple puro y sólido y en ninguna parte disonante de sí mismo, con razón cierta. Todos esos entendimientos verdaderos, firmes y perfectos los contiene aquel único, por quien fueron hechas todas las cosas, que es el Verbo de Dios (Juan I, 3). Cualquiera de estas tres cosas que sea, o si algo más pudiera ocurrir, que bien se signifique con el nombre de una perla única y preciosa, su precio somos nosotros mismos: que para poseerla no somos libres, a menos que despreciemos todas las cosas que temporalmente poseemos para nuestra liberación. Pues al vender nuestras cosas, no recibimos de ellas un precio mayor que nosotros mismos; porque implicados en tales cosas, no éramos nuestros: para que nuevamente nos entreguemos a nosotros mismos por esa perla, no porque valemos tanto, sino porque no podemos dar más.

XIV. [Ib. XIII, 15.]

1. Y cerraron sus ojos, para que no vean con los ojos: es decir, ellos mismos fueron la causa de que Dios les cerrara los ojos. Otro evangelista dice: Cegó sus ojos. Pero, ¿para que nunca vean? ¿O para que al menos así alguna vez vean, descontentos con su ceguera, y dolidos por ella, y de este modo humillados y movidos a confesar sus pecados, y a buscar piadosamente al Señor? Pues así lo dice Marcos: Para que no se conviertan, y se les perdonen los pecados (Marcos IV, 12). Donde se entiende que merecieron por sus pecados no entender, y sin embargo, esto mismo se les hizo misericordiosamente, para que reconocieran sus pecados, y convertidos merecieran el perdón. Pero lo que Juan dice de este lugar así: «Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó sus ojos, y endureció su corazón, para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane» (Juan XII, 39, 40); parece oponerse a esta sentencia, y nos obliga completamente a entender que lo que aquí se dijo, Para que no vean con los ojos, no se tome como, Para que al menos así alguna vez vean con los ojos, sino absolutamente, Para que no vean: ya que claramente dice, Para que no vean con los ojos. Y lo que dice, Por eso no podían creer, muestra suficientemente que aquella ceguera no se hizo para que, movidos por ella y dolidos por no entender, se convirtieran alguna vez por penitencia; pues no podrían hacer esto, a menos que primero creyeran, para que creyendo se convirtieran, con la conversión fueran sanados, y con la sanidad entendieran: sino que más bien fueron cegados para que no creyeran. Pues dice clarísimamente: Por eso no podían creer.

2. Pero si es así, ¿quién no se levantará en defensa de los judíos, proclamando que estaban fuera de culpa por no haber creído? Pues no podían creer porque cegó sus ojos. Pero como más bien debe entenderse que Dios está fuera de culpa, nos vemos obligados a admitir que por otros pecados merecieron ser cegados de tal manera: con la cual ceguera no pudieron creer. Pues las palabras de Juan son estas: Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó sus ojos. Por lo tanto, en vano intentamos entender que fueron cegados para que se convirtieran, cuando no podían convertirse porque no creían, y no podían creer porque estaban cegados. ¿O tal vez no decimos absurdamente que algunos de los judíos eran sanables; pero sin embargo, tan en peligro por el tumor de su soberbia, que les convenía primero no creer, y que fueron cegados para que no entendieran al Señor hablando en parábolas, las cuales, al no entender, no creyeran en él, y al no creer, lo crucificaran; y así, después de su resurrección, se convirtieran, cuando ya más humillados por la culpa de la muerte del Señor, amaran más vehementemente a aquel de quien se alegraban de que les hubiera perdonado tan gran crimen: porque tanta era su soberbia, que debía ser derribada con tal humillación? Lo que cualquiera consideraría incongruente, si no leyera que así sucedió manifiestamente en los Hechos de los Apóstoles (Hechos II, 37). Por lo tanto, no es ajeno lo que dice Juan, Por eso no podían creer, porque cegó sus ojos para que no vean, a la sentencia en la que entendemos que fueron cegados para que se convirtieran; es decir, que les fueron ocultadas las sentencias del Señor por las oscuridades de las parábolas, para que después de su resurrección se arrepintieran con una penitencia más saludable: porque cegados por la oscuridad del discurso, no entendieron las palabras del Señor, y al no entenderlas, no creyeron en él, y al no creer, lo crucificaron; y así, después de su resurrección, aterrorizados por los milagros que se hacían en su nombre, fueron compungidos y postrados a la penitencia por la mayor culpa del crimen, y luego, recibida la indulgencia, convertidos a la obediencia con un amor ardentísimo.

5. Pues a quienes no les aprovechó aquella ceguera para la conversión, que se hacía por la lengua de las parábolas, así dice el profeta en otro lugar, lo que también el Apóstol recordó cuando trataba de la oscuridad de las lenguas: En otras lenguas, y en otros labios hablaré a este pueblo, y ni aun así me oirán, dice el Señor (I Cor. XIV, 21; Isaías XXVIII, 11). Pues no

se diría, Ni aun así me oirán, si no se hiciera para que al menos así oyeran: es decir, para que les sirviera para una humilde confesión, una búsqueda diligente, una conversión obediente, y un amor ferviente. Esta es también la razón de la medicina corporal. Pues muchos medicamentos primero afligen para sanar, y los mismos colirios que se aplican a los ojos, si es necesario infundirlos internamente, a menos que primero cierren y perturben el sentido de la vista, no pueden ser útiles.

4. No debe sorprender que el mismo profeta diga: Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según la LXX); como si fuera contrario a lo que dice Juan: Por eso no podían creer, porque cegó sus ojos; es decir, porque aquellas parábolas se decían de tal manera que no podían ser entendidas por ellos. Pues alguien podría decir: Si para entender debían creer, ¿cómo es que por eso no podían creer, porque no entendían, es decir, porque cegó sus ojos? Pero lo que dice Isaías, Si no creéis, no entenderéis, se refiere a aquella inteligencia en la que siempre se permanecerá, de cosas inefables: pero cuando se dice que se crea, a menos que se entienda lo que se dice, no se puede creer. Por lo tanto, deben entenderse las palabras para que se crean las que se pudieron decir: y deben creerse las que se pudieron decir, para que se entiendan las que no se pueden decir.

XV. [Ib. XIII, 34.]

Y sin parábolas no les hablaba. No porque no dijera nada propiamente, sino porque casi ningún discurso explicó sin significar algo por parábola, aunque en él dijera también algunas cosas propiamente: de modo que a menudo se encuentra que todo su discurso está explicado en parábolas, pero no se encuentra ninguno dicho todo propiamente. Llamo discursos explicados a aquellos que comienzan a hablar de alguna ocasión de las cosas hasta que termina todo lo que pertenece a esa misma cosa, y pasa a otra. Sin embargo, a veces otro evangelista conecta lo que otro indica que se dijo en diferentes momentos. Pues no siempre según el orden de los hechos, sino según la capacidad de su memoria, cada uno ordenó la narración que comenzó.

XVI. [Ib. XIII, 51, 52, 44.]

¿Entendisteis todas estas cosas? Le dicen: Sí. Él les dice: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. ¿Quiso con esta conclusión exponer a quién llamó tesoro escondido en el campo: ya que se entienden las Sagradas Escrituras, que se concluyen con el nombre de los dos Testamentos, el Nuevo y el Viejo; como en otro evangelista, parece que el gladio de dos filos se expone con tal conclusión (Apoc. I, 16)? ¿O porque habló estas cosas en parábolas; y cuando les preguntó si las entendieron, respondieron que las entendieron; tal vez con esta última similitud del padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas, quiso mostrar que debe considerarse docto en la Iglesia a quien también ha entendido las Escrituras antiguas explicadas en parábolas, tomando reglas de estas nuevas? Porque también el Señor enunció estas cosas en parábolas, aunque él mismo era el fin de ellas; es decir, para que en él se cumplieran y manifestaran aquellas antiguas: de modo que si él mismo, en quien se cumplen y manifiestan, aún habla en parábolas, hasta que su pasión rasgue el velo, para que no haya nada oculto que no se revele; mucho más debemos saber que aquellas que fueron escritas tan lejos de él para encomendar tan gran salvación, están cubiertas de parábolas: que cuando los judíos las tomaron literalmente, no quisieron ser doctos en el reino de los cielos, ni pasar a Cristo, para que se quitara el velo que está sobre su corazón.

XVII. [Ib. XIII, 55 y 56.]

1. Sus hermanos, Santiago, y José, y Simón, y Judas, y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, tiene este todas estas cosas? Y se escandalizaban de él. Se prueba que entre los judíos se solía llamar hermanos a los parientes, hasta tal punto que no solo del grado cercano de generación, como son los hijos de hermanos y hermanas, que también entre nosotros se llaman hermanos muy comúnmente; sino también el tío materno y el hijo de la hermana, como lo eran Jacob y Labán, se encuentran llamados hermanos (Gén. XXIX, 15). No es de extrañar, pues, que se llamaran hermanos del Señor a cualquier pariente del linaje materno; ya que también por la parentela de José pudieron ser llamados hermanos suyos por aquellos que pensaban que él era el padre del Señor.

2. Nadie viola la justicia general, a menos que por lujuria transgreda ya sea el pacto de la sociedad humana, como el robo, la rapiña, el adulterio, el incesto, y cosas semejantes; o la naturaleza, como la injuria, el asesinato, el homicidio, el coito con hombres o bestias; o el modo en lo permitido, como es golpear más de lo debido con soberbia, o comer o beber más de lo debido, o tener relaciones con la esposa más de lo debido, y cosas semejantes.

3. Se entiende bien que el Espíritu Santo dio primero a los hombres el don de lenguas, que son instituidas por pacto y acuerdo de los hombres, y se aprenden externamente por los sentidos del cuerpo con la costumbre de oír, para mostrarles cuán fácilmente puede hacer sabios a través de la sabiduría de Dios, que está en ellos internamente.

4. Asimismo, la voluntad del Verbo eterno es siempre estable, porque tiene todas las cosas simultáneamente: pero nuestra voluntad no permanece porque no tiene todas las cosas simultáneamente; por eso ahora queremos esto, ahora aquello. Asimismo, así como en aquel Verbo estaban todas las cosas que fueron hechas, y así como la ascensión del hombre fue conocida de antemano por él, como si un pintor quisiera pintar toda una casa, y pensara o supiera el lugar donde también debe pintarse a sí mismo: lo tiene todo en el arte, en la preparación, y en la voluntad, aunque explique cada cosa en sus tiempos propios y adecuados. Así toda criatura y el mismo hombre que iba a llevar mística e inefablemente la persona de esa Sabiduría, siempre estaba en esa misma sabiduría como en el arte eterno de Dios, aunque haga cada cosa en sus tiempos propios, que se extiende desde el fin hasta el fin con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente y permaneciendo en sí mismo renueva todas las cosas (Sab. VIII, 1, y VII, 27).

5. Asimismo, de la misma manera que alguien desea querer morir, si ha llegado a querer morir así, quien ya tiene una fe sana y ve a dónde debe llegar, ya progresa hacia el punto de desear salir de esta vida con gusto. Pues no es lo mismo ver a dónde debe llegar, que amar aquello y desear estar ya allí: lo cual, cuando se ha realizado en el alma de alguien, es necesario que muera con gusto. Por lo tanto, es en vano que algunos digan, quienes ya mantienen una fe sana, que no quieren morir para progresar, cuando su progreso consiste precisamente en querer morir. Si, por lo tanto, desean hablar con la verdad, no digan: No quiero morir para progresar; sino: No quiero morir porque he progresado poco. Así que el no querer morir para los fieles no es un consejo para progresar, sino una indicación de que han progresado poco. Por consiguiente, lo que no quieren, para ser perfectos; que lo deseen, y serán perfectos.